

# La Ménsula

Recurrir al pasado con la mirada en el futuro

## A 50 años de la Noche de los Bastones Largos

Por Gabriel De Piano y Christian Francese (\*)

*El viernes 29 de julio de 1966, un mes después de la caída del gobierno de Arturo Illia, fuerzas policiales asaltaron la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales que se encontraba ocupada por estudiantes y autoridades en defensa de la Autonomía Universitaria.*

*El episodio, immortalizado por la prensa como La Noche de los Bastones Largos, fue seguido por una masiva renuncia de docentes que dejó a algunos departamentos al borde de la parálisis.*

*Al cumplirse cincuenta años de un episodio que cerró dramáticamente el ciclo conducido por el decano Rolando García, cuando se consolidó una Facultad de Ciencias digna de tal nombre, el Programa de Historia participa de los homenajes organizando una Jornada Académica el próximo 28 de julio (ver insert) y con esta edición de La Ménsula, que acerca al lector las voces de algunos protagonistas de un episodio que cerró un ciclo en la historia de la FCEN.*

Los interesados pueden consultar en el sitio de la Biblioteca de la FCEN ([digital.bl.fcen.uba.ar](http://digital.bl.fcen.uba.ar)) La Ménsula Nro 6 donde se desarrolla el estado alcanzado por la FCEN antes de julio de 1966.



Docentes y estudiantes detenidos por la Policía Federal que asaltó la sede de la FCEN, por entonces ubicada en la calle Perú, entre Alsina y Moreno.

El 28 de junio de 1966, Las Fuerzas Armadas derrocaron al Presidente Arturo Illia. El general Juan Carlos Onganía asumió el poder, disolvió el Congreso, destituyó a la Corte Suprema y prohibió los partidos políticos.

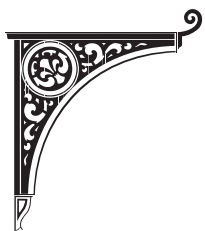
Esa misma noche, el rector de la UBA, Hilario Fernández Long, redactó una declaración de repudio aprobada por el Consejo Superior llamando "a los claustros universitarios en el sentido que sigan defendiendo como hasta ahora la Autonomía Universitaria, que no reconozcan otro Gobierno Universitario que el que ellos libremente han elegido de acuerdo con su propio Estatuto, y que se comprometan a mantener vivo el espíritu que haga posible el restablecimiento de la Democracia" Al mismo tiempo, otro manifiesto tomaba forma en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales recogiendo las adhesiones de

numerosos integrantes del cuerpo docente. Fechado el mismo 28 de junio, allí se proclamaba:

*"Los abajo firmantes, profesores, docentes auxiliares, y contratados de la Facultad de Ciencias Exactas, declaramos nuestra irrevocable decisión de no reconocer otras autoridades de la Facultad y de la Universidad de Buenos Aires, que las que legítimamente emanan del cumplimiento del Estatuto Universitario, así como de las leyes y de la Constitución Nacional.*

*"En consecuencia, tomamos el compromiso de retirar toda colaboración a las personas que ilegítimamente se arroguen tal autoridad en la Universidad, haciendo abandono definitivo de nuestras tareas docentes y de investigación de la facultad."*

Un mes después, el 29 de julio, el decreto ley 16.912 colocó a las autoridades universitarias bajo las órdenes del Ministerio de Educación, eliminando así su autonomía.



## “Aquí termina una etapa”

Por Rodolfo H. Busch

*El siguiente texto, escrito por el Dr. Rodolfo Busch, constituye una narración detallada de los sucesos ocurridos la noche de los bastones largos. En el cuerpo del mismo, se puede apreciar con sumo detalle cómo se dio la intervención en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la UBA. Luego de un período de democracia interna (1956-1966) que no presentaba un paralelismo en la sociedad, la Facultad se vio sumergida repentinamente en el contexto nacional. Llegaba a su fin un proyecto académicamente admirable pero aislado de la sociedad, como parece intuirlo Busch volviendo a su casa: “nos alejamos y empezamos a recorrer la ciudad semidesierta, normal, en la cual no parece haber pasado nada”.*

Viernes 29 de julio de 1966.

Griot me pidió ayuda para corregir exámenes escritos, entregándome los problemas dos y cinco. Son muchísimos, no creo que tenga tiempo de corregir la mitad antes de las ocho. En el cuarto de al lado, Levitus está corrigiendo los suyos. De tanto en tanto, cambiamos impresiones.

A eso de las tres y media entra Silvana, pálida como un papel, corriendo y sin aliento.

- ¿Sabe algo de lo que pasó?

Detrás viene Ángel, más pálido todavía. Por un momento, pienso en un accidente, pero en seguida me aclara que ha sido intervenida la Universidad. Nadie sabe bien qué ocurre. Parece que los interventores serían los propios decanos. Esto resulta tan ridículo que la sola idea es rechazada. Voy a ver al decano para salir de dudas. Sobre mi mesa quedan las pruebas escritas a medio corregir.

Bajo una, dos, tres escaleras. Pasillo, patio, escalera, pasillo, secretaría, decanato. El decano está rodeado por un grupo de profesores y graduados.

- Más respeto por el interventor –me recibe y estalla la carcajada general.

Pero la cosa es seria. García tampoco sabe que ocurre, pero no hay duda que el secretario de educación es un señor Gelly y Obes, especialista en museos, y que las universidades nacionales han sido intervenidas. García sale a buscar noticias al consejo superior.

Yo tengo problemas más inmediatos. El maldito pasaje a Resistencia para el lunes. Por supuesto, no podré ir, pero no me hace gracia perderlo. Llego el vicedecano y me pide que asista al juramento de dos egresados que nunca se preocuparon por el Diploma. Pero ahora quieren que lleve la firma del Decano y del Rector. Son Rita y el Gordo.

Manuel me recomienda no bromear, es una ceremonia en serio. Juran. Nos abrazamos. Es, muy probablemente, el último juramento de la era autónoma. Manuel opina que habría que reunir al Consejo el sábado. Regresa García con el texto de la ley. Opina que no hay tiempo que perder, la reunión hay que hacerla esta noche o no se hará nunca. Se cita para las diez. Consigo mis pasajes, pero son más de las seis y Aerolíneas está cerrado. Paciencia. La griega se

ofrece para cambiarlos mañana. Menos mal. Decido volver a Martínez a comer y regresar a las diez.

Llego exactamente sobre la hora. La facultad está llena. La sesión es breve pero solemne. La sala del Consejo está tan llena que no llego hasta mi asiento. Antes de comenzar reina un silencio impresionante. García informa sobre la ley y explica la posición del Rector, que ha decidido no aceptar las funciones de administrador, agregando que él tampoco acepta. Estallan aplausos, pero algunos aplauden llorando.

El vicedecano pide la palabra para comunicar que él tampoco se hará cargo. El profesor más antiguo, Dr. Zanetta, manifiesta su profunda fe democrática, su confianza en la actual estructura universitaria y agrega que él tampoco aceptará hacerse cargo de la facultad. Nuevos aplausos. Se propone adherir a la declaración del rector Fernández Long. Se vota, resultando aprobado con una abstención, la del Sr. Magnou. Cabe aclarar que no estaban presentes todos los consejeros. Yo recuerdo a 14.







Durante los últimos minutos de la sesión, entraron varias veces las secretarías para informar al Dr. Romero de algo que lo inquietó, pero no se resolvió a interrumpir a García. Llegó a poner una mano sobre su brazo, pero el decano no reaccionó y Romero no llegó a decir nada. Probablemente fuera la noticia de que la Facultad estaba siendo rodeada por fuerzas de la policía. Antes de levantarse la sesión, el secretario pesenta al Consejo su renuncia, que es aceptada. García opina que los alumnos deben retirarse con tranquilidad y que él y algunos consejeros nos quedaremos. Se oyen altavoces que operan en la esquina de Alsina y Perú. Imposible entender lo que dicen. El profesor Ambrose, del M.I.T., decide quedarse con nosotros. Lo invito a salir, explicándole lo que puede ocurrir. Me contestó:

- ¿Y Ud?

- Yo me quedo, soy profesor de esta Facultad.

- Y yo también –me dice en castellano- sólo me retiraría si mi presencia le costara alguna molestia adicional.

- No –le digo-al contrario.

Tampoco consigo persuadir a Chiqui Mercau, pero tengo éxito con Sara y Víctor. Sería una locura que se quedasen, después de la enfermedad de Víctor. Pero la ex consejera, que llegó hace dos días de Inglaterra, decide quedarse.

- Si vamos presos que vayamos por lo menos todos a la misma celda- me dice, pero su inquietud es evidente. Es inútil insistir, no quiere irse. Se acercan Silvana y Susana. Silvana me abraza, trato de levantarles el ánimo con bromas. Susana se apoya en mi hombro y llora desconsoladamente. Pablo y el Toto se quedan.

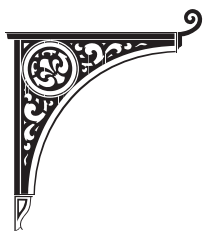
Se oye ruido de madera al romperse y estampidos que parecen provenir del patio. Trato de distraer a la ex consejera con cuentos náuticos. Parece que en Beirut, donde trabaja, también se navega.

Se oyen gritos y una especie de ladridos, como órdenes ladradas. Empiezan a sentirse los gases lacrimógenos. Poco a poco, la atmósfera se vuelve irrespirable. La Beba me muestra la foto de su hijo de un año. Me invita a reunirme con ellos en Beirut. Instintivamente buscamos el aire libre de la salida. Las órdenes ladradas, gritos e insultos se oyen más claramente. Trato de proteger a la exconsejera, ya estamos

entre policías armados hasta los dientes, con bastones y cascos, que golpean, gritan e insultan mientras nos arrear hasta el patio. En la escalera hacen zancadillas y aprovechan para golpear. Está oscuro y ha llovido. Tengo los ojos a la miseria. No se cómo no pierdo pie. Tienen apretujada a la gente, las manos en alto, contra la pared que da al subsuelo de genética. Debe haber de cuatro o cinco en fondo por un frente de 15 o 20.

Allí siguen los golpes y los insultos. Se oyen los golpes. “qué mirás vos, hijo de puta”. Bastonazos a la cabeza. “al que apoye las manos en la pared le reviento los dedos”. Golpes, órdenes ladradas. “Más arriba las manos. Al primero que las baje lo bajamos, quiero ver sangre hoy”. “Matalo a ese hijo de puta. Terminalo”, “¿Están listos los pelotones de fusilamiento? “atorrantes, hijos de puta”. Alguien es perseguido por dos o tres. Golpes. Ladridos. “Matalo, quiero ver sangre”. Dónde estará la ex consejera. Dónde estará Ambrose. Parece que le pegan. Dónde estará Ambrose. Alguien se cae. Es Jacovkis. “Levantate hijo de puta”. Patadas, “levántate te digo”. Golpes. Lo arrastran. No puedo girar la cabeza. Tengo dos o tres de estos degenerados justo a mi espalda. Cómo me pesan los brazos. ¿Hasta cuándo va a durar esto? “Más alto quiero ver los brazos”. Un mar de brazos trata de estirarse más. “Más arriba”. Golpes. ¿Si nos tiramos encima de ellos? ¿Somos más? Sería una masacre, con las manos limpias contra metralleta parece completamente estúpido, pero si nos quedamos aquí nos pueden masacrar impunemente.

Yo no sabía que el General Fonseca, Jefe de policía, estaba presenciando y dirigiendo la operación desde el monumento a Roca, ni sabía que a las once de la noche el General Señorans había ordenado tomar la facultad costase lo que costase. A estos brutos que ladran, patean, insultan y golpean, ¿los guardarán en jaulas? ¿Tendrán esposas, hijas, madres? Imposible. Ojalá Lucy se haya quedado en casa. ¿Cuánto va a durar esto? Ahora sacan a las chicas. Gritos. Golpes. Insultos. Qué bestias son. Hay una doble fila de policías con garrotes, con sus espaldas guardadas por otros armados de metralletas. No se dónde estará García. Van sacando a la gente de la pared, de a cinco o seis. Parece



que hay que pasar entre la doble fila de bestias con palos. Me toca a mí. Un empujón." Vos debés tener experiencia en esto". ¿Se creerán que somos alumnos crónicos? Otra patada. Un garrotazo, esta vez por la espalda. Adelante, otro garrotazo. Por ahora no lo siento. Cacheo. Buscan armas. No las hay. Tantean el encendedor. "¿Esto qué es? Epa" Me lo devuelven. Sigue el juego. Les gusta patear. Les gusta insultar. La cosa es no caerse. Pasamos por el aula magna. Siguen los golpes. Llego a la otra puerta. Sigue habiendo de estos hijos de puta en la bedelía, al pasillo de entrada. Último garrotazo. En la calle. Respiro. Policía de azul. Parece que aquí no pegan. Carlos Varsavsky está delante de mí. La sangre le gotea por las orejas, forma un mapa sobre su espalda. Tiene el impermeable empapado en sangre y un paraguas en la mano. Parece que está mareado. Un estudiante se acerca al cordón de la vereda y vomita. Hay fotografías. Nos filman. Qué poca distancia nos separa de la libertad. Sólo una doble fila de canas. Pero más atrás están las ametralladoras. Intentar escapar sería una locura completa. Ahora se que el jefe de policía nos observaba con satisfacción. Somos los hijos de puta de la Facultad de Ciencias, apaleados, desalojados con gases lacrimógenos, insultados y aporreados por la más brutal de las tropas de choque, vergüenza de cualquier país civilizado.

Y cargado de argentinidad, inspirado en los sueños de grandeza de nuestros próceres, con su mejor estilo de vida occidental y cristiano, nos observa el jefe de policía.

Que no se usen más polleras cortas, que no haya más carritos en la costanera, que haya luz en las boites, para que puedan distinguirse los sexos. El país será desarrollado. Se dará a los científicos el ambiente que requieran para trabajar. Ambiente que consiste en esto. Aporreados, con las manos en alto, con la cabeza ensangrentada, esperamos para ser trasladados a un carro celular.

Bueno, es todo.

Trepo al camión como puedo. Tiene un largo banco metálico a cada lado y está bastante lleno. Se levantan varios alumnos. Me empujan con suavidad hasta dejarme sentado. A mi lado está el gordo Levitus. "¿Está herido Ud?" "no, creo que no mucho. Está Gey, alguien hace una broma. Esto está cada vez más lleno. Llegó el chico que vomitó.

-Ahora estoy bien-dice-no se preocupen.

No hay mucho aire que digamos. Comienza el viaje. Parece que vamos al puerto. ¿Adónde iremos? Poco a poco se confirma. Al puerto. ¿Para qué? Se siente cuando cruzamos las vías de los ramales del ferrocarril. Pero no, vamos a la 22. Comenzamos a bajar. Mientras miro pensando donde saltar, me siento levantado por varios brazos de alumnos que me depositan sobre los adoquines, afrontando las iras policiales. Pero no pasa nada. Nueva revisión por armas. Avanzamos tres metros. Otra revisión. A la celda. Varsavsky a la enfermería. Wexler a la enfermería. La celda tendrá unos 5 o 4 metros, con un excusado al lado y muy poca



ventilación. Tiene un banco de piedra a lo largo de la pared. Será para 4 personas pero somos 30 o 40. Viene un oficial a identificarnos. Empieza por Ambrose. No se entienden. Trato de actuar de intérprete. El oficial se asombra.

-¿Quién es este señor?

-Es un profesor contratado norteamericano.

-¿Cómo? ¿Hay profesores aquí? ¿Usted es profesor?

-Sí, somos varios. También está el secretario de la Facultad de Ciencias.

Prosigue la identificación. Subrayan los nombres de los profesores. Entretanto, hasta fumamos. Me acerco a Ambrose.

-Me avergüenza que esto pase en mi país -le digo.

-Sí, dice-cuándo estábamos contra la pared yo pensaba en Vietnam.

Varios alumnos escuchan en silencio.

Está Gustavo y resulta que tiene un hermano que también está aquí. El oficial termina la lista y nos cuenta a ver si falta alguno. No, está completa. Antes de salir, nos recomienda amablemente que no fumemos.

-Yo entiendo de celdas y cárceles más que ustedes-dice-esta celda es chica, si fuman se van a asfixiar.

La pesada puerta se cierra. Estamos presos. Me siento al lado de Ambrose, que se esfuerza por disculpar al jefe de su departamento por no haberse quedado a sufrir el castigo.

-Es un hombre muy enfermo-me dice.

-Claro, ya lo se bien, contesto. Además no estoy muy convencido que sea muy razonable hacerse golpear.

Los muchachos, entre tanto, ya están organizados. Gustavo dormita, la espalda apoyada contra la pared. Otros dos han producido un enorme bolso de papel lleno de bollitos. No comprendo de dónde lo habrán sacado ni cómo llegó hasta la celda. O si lo tenían consigo desde antes, previsoriamente, defendiéndolo todo el tiempo. Como Carlos a su paraguas. Pero esta es otra historia. Los de los bollos han extendido un papel de diario en el piso y vuelcan el bolso.

Ahora, entre grandes manoseos, los cuentan y los vuelven al bolso.

-Uno entre cada dos, sentencian y parten a hacer la rueda de presos con su tesoro. Me tocaría uno a medias con Ambrose. Confieso que no siento hambre y un poco de asco.

Quedo bien diciendo, no gracias. No tengo sed. Pero tengo una gran tristeza que de tanto en tanto me sube a la garganta, como una marea.

Pero los estudiantes no me dejan en paz:

- Doctor, ¿Quiere un diario para sentarse encima? Es más calentito.





-No, no, estoy bien así, gracias.

- Doctor, ¿Qué le parece si dirige un seminario de química?

- No, química no. Hay algunos no químicos aquí. ¿por qué no discutimos la enseñanza de las ciencias básicas a nivel secundario? Así podemos intervenir todos.

-Bueno, bueno.

Entusiasmo general. Se juntan varios muchachos y quieren comenzar ya, a las dos o tres de la mañana. Ahora hay toda una fila de muchachos sentados en el suelo, con las piernas recogidas y la espalda apoyada en el de atrás. La fila da vuelta a la celda.

Pero vuelve el oficial, no me acuerdo para qué. He descubierto que tengo un dolor en el costado izquierdo que me empieza a molestar. Otra vez quedamos solos. Ambrose dormita. Está conforme consigo mismo. Había oído hablar mucho sobre Latinoamérica, me dice, pero mejor es vivirlas.

Resultó valiente el yanqui este. Valiente y leal. Además, me gustó mucho la actitud de los muchachos cuando mencionó a Vietnam. Nadie dijo nada. No quisieron herirlo. Los "activistas" guardaron un respetuoso silencio, ante un ser humano que decía su sufrimiento.

También recordé los gestos cariñosos con que me ayudaron a bajar del camión. En realidad, me bajaron en brazos, innecesariamente, desde luego, pero el gesto de protección y de cariño hacia un hombre mayor que ellos se siente. Hay mil detalles insignificantes que muestran el clima de comprensión y de amistad en el que hemos vivido. Molidos a palos, en una celda, los profesores siguen siendo profesores y sobre todo, todos seres humanos.

Hay una comisión que está preparando una lista de nombres y de teléfonos en la hipótesis de que Ambrose saldrá pronto y podrá avisar dónde estamos. Ambrose recibe la lista, pero está muy preocupado porque no sabe como se las va a arreglar con la cuestión del idioma. No terminamos de discutir este punto cuando vuelve el oficial y lo llama a Ambrose, tal como estaba previsto. Volvemos a quedar encerrados y sigue la vida normal. Hay un muchacho que tiene un garrotazo en la cabeza que le cruza la frente. Se le ha formado un chichón impresionante. Parece que tuviera un chorizo pegado sobre las cejas.

Pasa un rato largo hasta que vuelve el oficial y llama a Gneri, Romero, Busch, Jacovkis y Varsasky. Se consigue agregar a Grotewold, Levitus y Flichman, no sin esfuerzo y principalmente gracias a unas tarjetas de visita que saca a relucir el Aristides. Con todo, es bueno caer preso en compañía de la autoridad. El secretario confirma con su habitual énfasis la condición de profesor de Juan y conseguimos calmar la ira del Gordo para que no nos complique más.

Hay un señor que fue preso por marido y papá, pero que no tiene nada que ver con la facultad, como se apresuró a establecer. Pero siguió preso. A todos nos dio un poco de lástima. Fuimos a la guardia donde después de alguna espera procedieron a identificarnos. Nos reunimos de nuevo con Ambrose, quien tenía un aire muy cansado. Carlos tenía un vendaje impresionante en la cabeza. Una venda cono un turbante y otra que le cruza la cabeza y le toma el mentón, como usan algunas viejitas. Todavía no ha soltado su paraguas. La historia de su herida es bastante cómica. Resulta que en un intervalo entre la doble fila de monstruos, o bateadores, como los bautizaron los muchachos, uno de los policías trató de apoderarse del paraguas y él, rápidamente, tiró del otro extremo con todas sus fuerzas. Pero se olvidó que el policía tenía en su mano derecha un hermoso garrote. El resultado fue que le cruzaron un par de palos en la cabeza.

- Pero no por eso solté el paraguas -dice Carlos- el paraguas sagrado.

De pronto, llegan Rolando y Giambiagi a la 22. García está como siempre.

- Soy el Decano de la Facultad de Ciencias, vengo a interesarme.

- Ya salen en libertad, lo interrumpe el oficial que está escribiendo nuestros nombres en un libro.

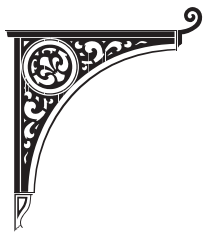
García no se salvó de las pateaduras ni de los bastonazos, pero salió en libertad poco después de alcanzar la calle. Allí se encontró con Giambiagi que se salvó de todo por casualidad. Al terminar la sesión del consejo, salió a la calle, charlando con alguien. Cuando quiso volver, para participar del cambio de opiniones que se estaba desarrollando en el decanato, se encontró con que la facultad estaba siendo rodeada por la policía y presencié toda la operación desde la vereda. Yo lo acusé, riendo, de azuzar a la policía y a los bateadores a que no tuvieran misericordia con nosotros, particularmente con sus enemigos hereditarios, Juan y Flichman. Es increíble que pocos minutos después de iniciado el trámite para quedar en libertad ya nos estuviéramos riendo, tratando de olvidar los momentos vividos tan poco antes. El oficial estaba interrogando a Ambrose.

- Soltero o casado?

- Soltero.

- es usted un hombre feliz, observó el oficial

- Sí. Siempre. Menos hoy, contestó Ambrose y se puso serio. Dividimos la hoja de los teléfonos en cuatro y salimos a la calle. No se nos tomó declaración, no se nos procesó por nada, nunca estuvimos presos, nunca hemos sido apaleados. De acuerdo al comunicado del gobierno, sólo se trató de ciertos alumnos, los activistas de siempre, que obligaron a la policía a intervenir. A causa de esta intervención resultaron 14 ó 15 policías lesionados, internados en el hospital Churruca. Pobres. En este procedimiento, las únicas lesiones son las que se habrían hecho entre ellos, pero tampoco lo creo. Hay una versión según la cual algunos policías de civil que penetraron en la facultad fueron confundidos y apaleados. No lo creo. Si uno de ellos hubiese



caído en la línea, no salía de allí así nomás. Creo que se trata de una mentira para hacer creer al público que los alumnos se habían apoderado de la facultad y atacaron a pedradas a la policía y los inocentes guardias de seguridad, obrando en defensa propia, los apalearon. Pero se trataba de alumnos activistas y no había allí ni graduados, ni consejeros, profesores o decanos. No estaba Ambrose. En cierta medida, no contaron con él. En la calle aparecen Herrera y el infatigable Batta. Ambrose se aleja a grandes zancadas hacia el centro, seguido por Jacovkis. García se queda con Castellanos para tramitar la libertad de los demás. Levitus, Grotewold y Flichman van a buscar el coche de éste, estacionado frente a la facultad, maldito sea. Voy con ellos. Mi costilla se queja, pero camino bien. Recorremos a pie las diez o doce cuadras. Son las tres de la mañana, Levitus y yo sugerimos que vaya Flichman solo a buscar el coche, no tenemos ganas de acercarnos a Perú. Pero vamos. Flichman se pone a limpiar el parabrisas e inicia diversos arreglos, estacionado frente a la Facultad. Los otros tres lo insultamos en todos los tonos para irnos de allí de una vez.

Arrancamos con el vidrio inmundado y con visibilidad casi nula, pero por fin nos alejamos y empezamos a recorrer la ciudad semidesierta, normal, en la cual parece no haber pasado nada. Lo llevamos al Gordo; Juan y yo nos tomamos el 60 en Plaza Italia. Este 60 está repleto, como siempre. A cualquier hora del día o de la noche. Ahora sí que mis costillas se quejan. Los barquinazos me resultan bastante dolorosos. Pero en el fondo es otro dolor que nos llena. Juan se pone a contar quién se va adónde.



- Parece que Trotman-Dickenson va a poder armar un grupo lindo en Aberystwyth. Eduardo también piensa ir allá. Me imagino a Trotman, veo a nuestra gente trabajando allí, no puedo soportarlo. Le pido a Juan que cambie de tema. Pero no es tan fácil. He visto muy poca gente tan tozuda, como diría Giambiagi. Se baja en Vicente López y sigo solo. Son cerca de las cuatro. ¿Qué hago al llegar a casa? Preferiría olvidarlo todo. No tener que revivirlo. No contar lo que pasó. Meterme en cama, dormir, olvidar. No ha pasado nada. Pero ha pasado algo. Lo que se ha destruido en las últimas doce horas ya no podrá rehacerse más. Tardamos diez años en construir esta Facultad, costó muchos esfuerzos, muchos sacrificios y muchos millones de dólares. La gente joven nos apoyó con esperanza. Hemos podido avanzar durante uno, dos, tres años. Era cada vez menos difícil convencer a la gente. Pasamos la terrible inflación del 58, no se cómo. Pero perdimos alguna gente. Aguiló y Huguet, por ejemplo.

Superamos de alguna manera la dificultad de conseguir vivienda. Los muchachos consiguieron préstamos. Claro que no fue gratis. Se fueron Móttola, Mari, Toni y otros. Pero a pesar de todo, conseguimos seguir creciendo. Se armaron los grupos de investigación. Se consiguió el dinero para equipo. Se inauguró el primer edificio de la Ciudad Universitaria en Nuñez, para matemática y física. Nuestro prestigio fue creciendo. Volver al país era una cuestión de honor. La producción científica aumenta. Aumenta casi demasiado. El clima comienza a ser de una gran competencia. El gordo está en pleno boom. Publica, publica y publica. Toma sobre sí la responsabilidad de cualitativa. Nos acusan de científicistas. Pudimos dictar cursos para profesores secundarios. Planeamos un Instituto Tecnológico para encarar el estudio de temas de interés nacional y para dar salida a nuestra producción de científicos. El edificio de química, en la ciudad universitaria, está a seis meses de su inauguración. Profesores visitantes de prestigio en el mundo, aceptan pasar largas temporadas con nosotros. No niego que yo mismo me asombré cuando Cotton aceptó venir por diez meses a Buenos Aires. Pero consultó con Maddock y vino. Y no se arrepintió, quería venir nuevamente, pero por un año entero. Comprendió nuestra lucha, comprendió con toda claridad en qué términos está planeada. Bueno, así llegamos a 1966.

Con las bases científicas y técnicas perfectamente establecidas para emprender la gran tarea de la segunda etapa: desarrollar la tecnología. Tenemos la gente, tenemos excelentes perspectivas de financiación, digo teníamos, teníamos.

Ahora Eduardo a Aberystwyth, el Gordo y todo su grupo a Chile, no sé si volverá Leo, no hablemos de Guido, Negrotti, Razumney, Lugo, Mahoma y no sé cuántos más que están afuera. Los que están aquí se irán, los que están afuera no vuelven. Bueno. ¿Y el equipo? ¿Los cajones sin abrir que se van a amontonar en el pasillo? Bueno ¿y Eudeba? En fin, aquí terminó una etapa, no sabemos qué pasará con la siguiente.





# Científicos reprimidos y de los otros...

*No todos los científicos tuvieron la misma apreciación de los hechos ocurridos la noche del 29 de julio de 1966. La discrepancia fue expresada por dos figuras académicas con proyección política:*

*Bernardo Houssay y Cora Ratto de Sadosky.*

*Bernardo Houssay, uno de los científicos más reconocidos de la historia argentina, presidente de la Asociación Argentina para el Progreso de las Ciencias, premio Nobel de medicina en 1947 y presidente de CONICET. Cora Ratto, destacada matemática, infatigable militante y creadora de la Fundación*

*Albert Einstein, que otorgaba becas a estudiantes con escasos recursos materiales.*

*Aquella noche un sector de la comunidad universitaria fue desalojado a los golpes. Otro sector de la academia Tuvo una actitud condescendiente con la política implementada por el gobierno de facto..*

## Diario La Razón, 2 de agosto de 1966 Declaraciones de Houssay

El doctor Bernardo Houssay concurrió poco después de mediodía a la Casa de Gobierno, donde conversó por espacio de 40 minutos con el presidente de la Nación. Al término de la entrevista, el doctor Houssay manifestó que había concurrido para expresar al jefe del Estado su preocupación por la situación universitaria planteada, con motivo de los sucesos conocidos.

“Tengo plena confianza –dijo– en que los problemas del ámbito universitario serán resueltos cuando se hagan más comprensibles para todos los fines que persigue el gobierno en esta materia. El general Onganía me ha ratificado su decisión de dar a la universidad nacional un régimen legal y el apoyo económico necesario para asegurar óptimas condiciones en el ejercicio de la docencia y la investigación científica, sin interferencias de orden político ni ideológico. Me informó también que las medidas de fondo que se adopten estarán siempre orientadas hacia la jerarquización de la universidad, la reafirmación de la autoridad docente y el

desarrollo de un clima estudiantil de paz y de trabajo que haga fecunda su labor”. Interrogado sobre si había conversado con el presidente de los episodios ocurridos en las facultades de Arquitectura y Ciencias Exactas, respondió afirmativamente y dijo que el teniente general Onganía le anunció la publicación de un comunicado explicatorio de los hechos que sería difundido por la vía correspondiente, así como la reiniciación de todas las actividades universitarias antes del 16 de agosto, según lo anunciado. Agregó también que le satisfacían profundamente las garantías recibidas del presidente en el sentido de que la estabilidad del personal docente y de aquel dedicado a la investigación científica en nada se vería afectada por las disposiciones que se dicten.

## Carta Cora Ratto de Sadosky a Houssay

Buenos Aires, 3 de agosto de 1966

Dr. Bernardo Houssay

Doctor Houssay: he dudado antes de escribirle porque tengo reiteradas pruebas de que usted no da valor a nuestra palabra porque persiste en considerarnos, tanto a mi marido como a mi, “comunistas peligrosos” a pesar de conocer nuestra vida y nuestro trabajo y constarle que no hay en ellos signo alguno de peligrosidad ni, por cierto, de doblez o de farsa.

A pesar de todo creo que usted, que ha dedicado su vida a la ciencia y, con errores y debilidades pero con tesón y un patriotismo ejemplares, ha logrado hacer mucho por el progreso científico de nuestro país debe saber que gente como nosotros, “peligrosos” o no, pero que podríamos ser sus hijos y que

dentro de nuestras posibilidades mucho más modestas hemos trabajado por lo mismo que usted, hemos considerado con profunda repugnancia su actitud frente a los últimos acontecimientos.

Usted sabe, doctor Houssay, qué se ha hecho en la Facultad de Ciencias Exactas durante los últimos diez años y sabe también quienes lo han hecho; usted sabe cómo se trabajó para el país en el Instituto de Cálculo. Usted sabe que en la Facultad de Ciencias Exactas no se resistió a la policía, que no hay policías heridos, que nadie obligó a nadie a quedarse, que profesores y estudiantes fueron brutalmente golpeados estando inermes con los brazos en alto contra una pared. Usted sabe que la Facultad de Ciencias Exactas ha sido deshecha y sabe que el gobierno no tiene ninguna intención de revisar los actos que acarrearón esa destrucción.

Pero usted, al final de su vida y sólo porque el terror a un peligro inexistente lo obnubila, quiere creer más en las palabras de un mediocre general de caballería o en la bestialidad de un policía bravo que en las declaraciones del profesor Ambrose, de Sadosky, de Gonzales Bonorino, de García, de Carlos Varsavsky o de Trucco. ¿Ha pensado usted que este error de su vejez pueda echar por tierra todo el trabajo anterior y hacerlo por muchos años?

Triste destino para su Premio Nobel el terminar sirviendo de pantalla a un general que, si pasa a la Historia, será como enemigo de su país y de su cultura. Creame que lo siento por usted y por nosotros.

Cora Ratto de Sadosky



Cora Ratto

# Exactas según Rolando García

*Rolando García fue decano de la Facultad de Ciencias Exactas en el período comprendido entre 1956 y 1966. La siguiente es un fragmento de una entrevista hecha por la revista Ciencia Nueva a Rolando, a los 5 años de sucedida la intervención policial.*

**Ciencia Nueva:** Usted fue decano de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la Universidad de Buenos Aires hasta 1966. A 5 años de distancia, ¿Cómo evalúa ese período?

**Rolando V. García:** No soy el primero – y es probable que tampoco sea el último que se dedica a analizar y evaluar ese período universitario (...) La experiencia adquirida durante esos años fue muy valiosa para mí. Sin ella, dudo que hubiera llegado a tener la concepción de universidad que tengo ahora y que resumiría de la siguiente manera.

El problema Universitario tiene un aspecto político y otro técnico. El primero tiene prioridad sobre el segundo. Debemos poner la técnica al servicio de la política y no viceversa. El objetivo de la universidad no debe ser, en última instancia formar técnicos e investigadores capaces, sino contribuir a la transformación que necesita el país. Indiscutiblemente que para lograrlo hay que formar gente con un alto nivel de capacitación. Pero este es el instrumento y no la meta.

Planteado así el problema debemos preguntarnos cuál es la transformación que deseamos para nuestro país. (...) Es dentro de este contexto que yo desearía abordar el análisis de lo que se intentó hacer y de lo que verdaderamente se hizo en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la Universidad de Buenos Aires durante el período en el cual me correspondió actuar, es decir, entre 1956 y 1966.

El punto de partida fue muy precario.

Nuestra facultad no tenía prácticamente ningún peso dentro de la Universidad. Pocos alumnos, muy pocos profesores, un edificio colonial, algunos laboratorios vetustos y mal equipados, un presupuesto ridículamente escaso (...) Fue necesario plantearse una estrategia a largo plazo y afirmarse a ella tenazmente, en una lucha porfiada, rayana con la terquedad. El esquema que elaboramos era, sin embargo, simple en su estructura. Como primera prioridad la facultad tenía que llegar a pesar dentro de la Universidad; debía poder convertirse en una plataforma de lucha, respetada por su jerarquía, por su capacidad de trabajo, por la seriedad y el rigor de los estudios y de las investigaciones que en ella se realizan. Esto solo podría lograrse con una nueva generación de docentes e investigadores que tuvieran un alto nivel de formación y una clara conciencia del nivel de responsabilidad social que les cabía a ellos como científicos y a la universidad como institución nacional. Esta etapa la cumplimos aunque en un período de tiempo más largo del que nos habíamos propuesto. Es cierto que la facultad creció a un ritmo vertiginoso y llegó a ser el centro de formación en ciencias básicas más importante de América Latina. Pero los obstáculos de toda índole que tuvimos que superar, así como la implacable campaña que se desató contra los sectores reformistas de la universidad – campaña que estuvo especialmente dirigida contra la conducción de la Facultad de Ciencias Exactas – nos impidió entrar de lleno en la segunda etapa, cuyo objetivo era lograr igual jerarquía en la investigación aplicada. El Instituto de Investigaciones Aplicadas hubiera sido la culminación de esa etapa. Durante varios meses se trabajó conjuntamente con la Facultad de Ingeniería en los planes para la creación de ese instituto. Quedó un proyecto listo para comenzar a ejecutarse. Pero vino Junio de 1966...



Rolando García

**C.N.** ¿Por qué considera usted que la investigación aplicada debería abordarse en una segunda etapa? ¿No podría haber comenzado antes?

**R.G** En realidad, la investigación aplicada se impulsó desde un comienzo. Por eso se estableció el Instituto de Cálculo, se desarrolló el Departamento de Industrias, se estableció el Instituto de Biología Marina, se estudiaron métodos de prevención de granizo en Mendoza, se comenzó el estudio integral de los suelos en la región chaqueña y otros muchos estudios que no cabe detallar. También se eligieron temas de investigación básica dentro de campos que conducían a aplicaciones inmediatas, como se hizo por ejemplo con electroquímica.

Pero mi afirmación anterior tiene otro sentido. Cuando comenzamos el proceso de expansión de la facultad, el peso de nuestro esfuerzo recayó en la formación de investigadores y en la instalación de laboratorios en ramas de las ciencias que estaban prácticamente huérfanas en nuestra Universidad y por ende en el país. El primer objetivo fue tener una “masa crítica de investigadores y un “clima” de trabajo. A partir de allí se podrían formular planes más ambiciosos, a más largo plazo y más integrados en la problemática del país.